

La Casita Azul o las 22 Aguas

Alejandro Sandoval
Egresado
Taller de Escritores Universidad Central
(TEUC)
Docente
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central



C'est fut ma première peur - fue mi primer miedo
Ma première gentille - mi primera gentil
J'ai volé, je le jure, je jure que j'ai volé – volé, lo juro, lo juro que volé.

(Jaques Brel)
A, M.C. M.H. M.M. L.S.

La mujer repetía el verso de una canción medio cumbia son Caribe lánguidamente Boyacá ronroneante llanera medio en sordina bullerengue medio tatareando un pasillo en espera de franquear la modernidad a golpes ilustrados como Europa espera cárnica su dios metamorfo de cada día. Collette...

—Mmm jummm jummm jummm jummm jummm jummm
Quand tu me tiens dans tes bras cuchan cuchan
Que tu me parles tout bas cuchan cuchan
Je vois la vie en rose !Azuca! Cuchan cuchan.*

La extraña confusión que te anuda el cuerpo, por ser parte y piedra de la degradación del centro histórico, la obligación de escoger otro lugar desde el que se pueda estar parado en el presente, sin autocompasión, como parte de un supuesto proyecto de ciudad tropical de espaldas a las calles oscuras, repleta de fantasmas que chorrean de lodo burgués que coge altura hacia el Norte, lejos del territorio Candelario, o al Oriente, también lejos de lo Muisca, lo más lejos posible del trópico candente donde se recitan de memoria modelos de sociedad desaparecidos para culturas improbables.

La guerra fría parecía no soportar las interferencias de tanto cambio traído por la radio, ondas largas fragmentadas flotaban en casa a la hora del almuerzo, el abuelo las reconstruía mascando vacío con su legendaria y aterradora caja de dientes, criticando, desconfiado, tranquilo, sentado con los ojos cerrados, apoyado apenas del canto de su hombro sobre el costado del armatoste de la radiola en el salón, sin jamás un grito con la familia en silencio de no ser consultada, fueron tan escasas las veces que pregunto algo, que el frío mudo de sus relaciones con la abuela, de la abuela con nosotros, parecen culturalmente normales, tan formales eran la ternura, la pasión y nuestros deseos; crecimos en el silencio de la mano del señor, para nosotros la del doctor, omnipresente y muchas veces ausente a la hora de pasar a la cama, en la Santa Fe, entre las seis en verano y las siete en invierno cuando el supremo, dependiendo de su inclinación se despide del altiplano dejándonos huérfanos de su haz, para irse rápidamente sorprender a esos otros, que parecen tantos bárbaros, que si diesen la patada al tiempo, definitivamente lo creo, cambiarían el curso del planeta.

La relación de papá con el abuelo tuvo sus altibajos hasta romperse luego de haber sido hermanos, de lo inefable para la supuesta familia liberal, papá desposó la hermosa negrura canela de mama, sin que se tocara el tema como era entonces debido ¿A menos, que a su frase en un almuerzo donde estábamos aún todos reunidos un domingo, pueda atribuírsele algún sentido en esa dirección? No era usual que el abuelo, hablara o se tomara la palabra y cuando se levanto, magnánimo, cuchara en mano, después de un gran sorbo de ajíaco con arracacha, callamos intrigados. -Seguimos pensando que eso pudo haberlo matado...

—¡Sin chanchullo no hay mondongo!

La abuela logró romper cortésmente el incómodo silencio con su acostumbrado candor.

—¿Más? —agarró con las dos manos y por el cuello, mostrando la enorme y pesada marmita en la que siempre había un poco más por si alguien irrumpía sin reserva... La arepa de la abuela, o por si a alguno en la mesa le daba por repelar, no por garosos sino que el ajíaco boyasence del que sólo ella conocía la receta original es tan rico que incluso estando satisfechos muchas veces no podíamos resistir -¡De postre hay dulce! —y sacaba de no sé que bolsillo de un sin numero de enaguas, un paquete de mentas por el

que todos queríamos estar a su lado cuando lo sacaba y distribuía, provocando mil y un olores que nos arropaban, destrozando el ambiente con el sonido carrasposo del celofán al romperse para ser dado.

La tradición familiar de los viernes y de otros días sin vergüenza era que el abuelo y papá desaparecieran, como lo haré yo mañana con mi hijo varón, a quién llevaré de la mano, a perder el miedo de su primer amor. Una de esas pecaminosas mañanitas en las que se floreteaba con el excitante temor al repudio y al que dirán. Se sabía que salían a tacar un chico o a jugar ajedrez, por lo menos eso se oía a media voz sin que la abuela lo escuchara. Ella absorta en esos otros recuerdos grabados en su cuerpo, esos otros detalles de las escapadas del abuelo cuando se conocieron que le permitían pasar por la vida impunemente. Al verles partir sin, su cariño se partía. ¡Trataba de hacer catársis empeñándose en lavar la ropa de verdad! Cogía un bordado o cualquier tarea que representara un esfuerzo y concentración mas fuerte que las ya penosas tareas de cuidar chinos y mantener en orden la casona, algo más intenso de lo acostumbrado, eso que le permitía bajar la cabeza absorta y no levantarla en toda tarde. El resto del día no podía escucharse el salto de una pulga en casa, y como todos los niños de esa generación corríamos a gaminiar a la calle, a jugar cinco huecos, balón pie, trompo o hacíamos cualquier cosa en la azotea sin despertar la ira incontenible de la matrona siempre lista a desenfundar la tunda, de pura tristeza.

Ella y todos sabíamos que los dos amigos llegarían tarde o muy temprano en la madrugada, posiblemente pasados de tragos con la ropa en desorden y sin dar explicación; como ese legendario día del siglo pasado en que él, en Santander, la miró como un rayo y que ella accedió a prendérsele en su fuga, escapando así no más. De la tarde a la noche estuvieron en Bogotá



bajo el ímpetu del varón sin miedo que no le pedía permiso a nadie para despojar a las doncellas del campo sin bajarse de su caballo. El mismo año sonaron las campanas de las Aguas. ¡Nació papá! Muchos tíos y tías... Mientras la esposada abuela tomaba el mando de la casa él y sus crías a cresta, hacían sonar las espuelas de lo más bonito, en el exterior de la supuesta finca y que no era más que una casa con solar, muy diferente al tugurio de retazos que es ahora.

La risa nerviosa se dio cita hasta reventar, hasta pasado el medio día, terminó en un llanto denso e incomodo de sollozos desesperados, como la risa incontenible -un paseo de lujuria que termina trágicamente en llanto- en memorias relámpago de emociones que desde entonces parecen probar agüeros y karmas. Murió el abuelo, papá no estaba, hasta de los ojos del Cristo en el salón brotaron lágrimas de sangre.

La madrugada abrió paso al cortejo de toda clase de seres que parecían brotar de ninguna parte desde el comienzo de la calle 22 en la loma del barrio Germania, ladrones, tenderos, gamines, prostitutas, ropavejeros que compartieron su vida igualados con él en una Bogotá de barrios del centro, más amable, de espacios públicos, mestiza, menos clasista y polvorienta, alegre, llena de niños que jugaban a escondidas en las calles, hasta tarde en la noche fría, negra, de chiflones y lluvia. Poco a poco fueron apareciendo la familia y la ínfima realidad privada. Desaparecieron los bienes del finado que desde su nueva morada púrpura parecía disfrutar su paso de aquí para el mas allá: el sol en ese entonces, apareció entre los cerros majestuosos de Monserrate y de Guadalupe, animando al tumulto a descender la calle hasta la Caracas para rezar rumbo a la 26 y formar un corto trancón de plegarias, que descendieron 3 metros bajo tierra.

La simpática muchedumbre alternaba el Rosario con sollozos y recuerdos, gentes con o sin alcurnia que sin conocerse se sumaban al paso y alargaban el cortejo, recordando el chocolate compartido, las invitaciones al Faenza, lo desprendido con medida, las tertulias y el hombro siempre atento de aquel ingeniero gentleman que entraba ahora a engrosar la larga lista de cachacos que descansan el la paz del central, después de haber contribuido a la ingeniería y al diseño de la nueva Bogotá. Ellos, quienes abrieron las heridas a las montañas a punta de dinamita, para facilitar el paso a las élites, que desde entonces se alejaban por la Circunvalar del corazón empobrecido de la ciudad.

La pena se detuvo unos instantes frente a la Casita Azul, el cortejo tropezó con un tiroteo de instantes. No se supo bien quién comenzó la algarabía o si el difunto quería un último adiós endiablado; lo único que le pudo haber hecho falta. Se veían por la puerta cantidad de botellas y gente despistada desnuda, o a medio vestir, corriendo hasta la calle; imagen que contrastaba con el paso lento de nuestros cuerpos en plegaria. Como era de esperarse, el desfile terminó mediando en el conflicto, algunos engrosaron la marcha fúnebre, componiendo de prisa su vestimenta, los otros



concluyeron sus nobles compromisos enguayabados, o roncando, sin percatarse de lo que la llovizna llevaba. Sólo la memoria hacia soportable o menos fuertes los olores tan dispares que luego de tanta ternura, rancheras y trago, brotaban por doquier y se mezclaban con el perfume clase media de luto.

La Collette respetuosamente encabezó el grupo de cola, de lloronas y tiples, hasta la última lágrima.

—Mmm jummm jummm jummm jummm jummm jummm

Quand tu me tiens dans tes bras cuchan cuchan

Que tu me parles tout bas cuchan cuchan

Je vois la vie en rose...

* *Edith Piaf, la vie en rose. Cuando me tienes entre tus brazos, que hablas (todo), bajo, veo la vida de rosa.* **bU**